

Año XIII: N.º 642

20

céntimos

EL CINE

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

Director - propietario: FERNANDO BARANGÓ-SOLÍS

31 Julio 1924

20

céntimos



D. JACINTO BENAVENTE

ilustre comediógrafo, autor y director de la película «La Madona de las rosas», exclusiva del repertorio
M. de Miguel (La Aristocracia del Film)

Los grandes concursos de EL CINE

¿Tiene V. el rostro fotogénico? Le damos la posibilidad de ser artista de la pantalla

Habiendo finido este interesante concurso, empezamos a publicar el cupón para la emisión de votos, advirtiendo a las personas que concurren a esta votación que cada una de ellas puede mandar cuantos votos quiera, teniendo en cuenta que cada cupón solo tiene el valor de un voto.

Serán válidos, únicamente, los cupones que vengan en sobre abierto, *franqueados con sello de 2 céntimos* y dirigidos al director de EL CINE.

Los premios, como ya anunciamos en las bases de este concurso son: Los dos primeros para la concursante o el concursante que obtengan mayor número de votos y consistirán en pergaminos artísticos y en el compromiso que contraemos de gestionar su admisión en una de las principales casas españolas editoras de películas. Los premios tercero y cuarto corresponderán a los concursantes femenino y masculino, que sigan en número de votos a los primeros y consistirán en artísticos diplomas y en objetos de verdadero lujo y utilidad.

Con el fin de que puedan votar los lectores y suscriptores del extranjero, el plazo de admisión de votos no quedará cerrado hasta el día 31 de agosto próximo.

En breve comenzaremos a publicar las bases de otro gran concurso de argumentos de películas con importantes premios y, simultáneamente, en nuestro deseo de corresponder al constante favor del público, daremos las bases de otro concurso, también muy interesante, con premios en metálico.

CUPÓN

correspondiente al número **642** de **EL CINE**

válido por un voto para el Concurso

¿Tiene usted el rostro fotogénico?

D. _____

vota por la concursante o el concursante _____

CONCURSO PERMANENTE DE "EL CINE"

¿Quiere estar suscrito gratis por un año a esta revista?

Publicaremos los chistes y anécdotas que se nos envíen relacionados con el concurso cinematográfico, y cada mes se otorgará un premio, consistente en una suscripción anual a EL CINE al que resulte más ingenioso

Si Florensa Reed llegase a pelearse con Priscilla Dean, podríamos decir que se trata de una verdadera lucha de fieras feroces, porque Florensa Reed hizo «La pantera negra» y Priscilla Dean hizo «El tigre blanco».

—¿Cuáles son las películas más caras?

—Las de Perla Blanca.

—¿Cuál es la artista más pecadora?

—Eva May, porque es Eva.

—¿Cuál es el artista más bajo?

—Charlot, porque hizo «Vida de perro».

Al subir un día Fatty en un tranvía que se hallaba bastante lleno, dió un golpe a un señor que estaba en la plataforma y que le dijo bastante malhumorado:

—¿Se cree usted que el tranvía es para los elefantes?

A lo que Fatty le respondió con su acostumbrada frescura.

—Sí, señor; el tranvía es como una

casa de fieras, que entran toda clase de animales.

Habiendo estado Chiquilín de aprendiz en una carpintería, un día al caer la tarde su amo le encargó que llevase una mesita a casa de un parroquiano. Chiquilín cogió el mueble y se puso en camino, pero al llegar a la mitad encontró a unos muchachos con los cuales se puso a jugar, dejando abandonado el mueble en el suelo; así pasaron algunas horas, hasta que hubo cerrado la noche. Entonces Chiquilín volvió a coger el mueble y se dijo:

—Me parece que ya es hora de que lleve este mueble a su destino.

Como era tan tarde, el parroquiano se había acostado ya, y Chiquilín hubo de llamar repetidas veces; a tales golpes despertó el parroquiano sobresaltado, se apresuró a abrir para ver quien era el que llamaba a tales horas, y al ver que se trataba del aprendiz del carpintero, le dijo:

—¿Estas son horas de traer el mueble? También lo hubieras podido traer de día.

Entonces Chiquilín respondió:

—Pero, ¡hombre de Dios! ¿no ve

usted que es una mesita de noche y no de día?

Juan Duates «El Otro»

—¿Por qué Douglas Mac Lean tiene tan pocos amigos?

—Porque siempre les obliga a leer.

—¿Cuál es el artista más temible?

—Joe Ryan (a) «Puñales».

—¿Por qué cuando sale al campo Enrique Cantalauba van tantos amigos?

—Porque cuando va la viña, Enrique Canta-la-uba.

Camilo García (Barcelona)

—¿Qué actor cinematográfico anteponiendo su apellido al nombre se parece a un tren?

—Mix To-m.

—¿Qué actor es el más bailarín?

—George Walhs.

—¿Qué actor cinematográfico al mismo tiempo de ser persona—como es natural—es un animal?

—Pat-O'Mallei.

Ana María (Madrid)

A TRAVÉS DEL RUHR

Recuerdos de una expedición cinematográfica



DESPUÉS de una estancia de quince días en París, en donde hemos trabajado en la ejecución de un film, empezado en Berlín, el regreso de la compañía se efectúa por pequeños grupos. Sábado, 3 de febrero: 10 personas. Domingo: 6 personas, cuyas nacionalidades son de lo más heterogéneas: un checoslovaco, un húngaro, un americano, un japonés, una alemana, y yo, español. Antes de salir, he tratado de informarme en París sobre la circulación de trenes entre la Francia y la Alemania. «Bastante buena», se me ha contestado. «Todavía ha mejorado», añade otro, con cierta sonrisa... ¿Qué encerraba esa sonrisa?... Muy pronto, ¡ay! vamos a saberlo...

Domingo, 4 febrero, 7,45 de la mañana. Un silbido. El rápido de Wiesbaden sale de la estación del Este a gran velocidad... Las seis personas ocupamos el mismo departamento segunda clase. ¡Oh, caro departamento! (178 francos, esto es, 220,000 marcos, el trayecto París-Francfort! Bien es verdad que de Francfort a Berlín, cuya distancia es casi la misma, se pagan 6,000 marcos nada más... ¡Cosas de nuestros tiempos!) Nada de notable hasta Forbach, frontera, adonde llegamos hacia las cuatro de la tarde. Larga parada. Examen de pasaportes. El comisario francés que los examina nos gratifica con una sonrisa irónica... Paréceme a mí que en el fondo de esa sonrisa se encierra el secreto de nuestro aventurado viaje... En vano he intentado informarme de la hora de nuestra llegada a Wiesbaden. Todas las respuestas han sido vagas o evasivas... ¡Qué misterio! Parece que, según el horario, debemos llegar entre las 9 y las 10 de la noche... Pero ¡no soñemos delicias! Afuera, la pequeña estación fronteriza parece como anonadada bajo la lluvia fina y persistente que envuelve a los seres y a las cosas dándoles un color grisáceo... En vano esperamos la llegada de los aduaneros. Transcurre una hora, larga, monótona... Unos cuantos soldados franceses y dos oficiales suben al tren. De repente, un silbido. El tren parte. La marcha es lenta y vacilante... Quince minutos después llegamos a Homburg, frontera alemana (?). Mis compañeros, que ignoran la lengua francesa, me ruegan les procure algún informe... Salto al andén. ¡Nadie! Más bien que una estación fronteriza, esto parece un cementerio. A lo lejos, un tenue hilillo de luz se escapa por entre las rendijas de las ventanas... El tiempo de parada se prolonga... Un comisario alemán sube y examina nuestros pasaportes... «¡Quiera el cielo que hagan ustedes un buen viaje!», nos grita al marchar. Esta frase nos intriga. Ninguna visita de aduanas. ¡Decididamente, los aduaneros franco-alemanes tienen una confianza ciega en la honradez de los viajeros! (Aviso a los contrabandistas.) ¡Y a todo esto sin noticias! Pero, ¿qué ocurre?... Ahora lo vamos a saber. Un soldado francés de la territorial, cuyo capote se halla cubierto de una senda carga de barro, penetra en nuestro coche. Acaba de disputarse con su compañero que conduce la locomotora, un mocetón alto y delgado, y murmura entre dientes señalando hacia la máqui-

na: «¡Esta especie de longaniza!... Con tal de que nos conduzca sin tropiezo hasta Wiesbaden!...» Pero; ¿por quién y cómo vamos conducidos?... Pero el soldado me «tranquiliza»: «No hay que preocuparse... El compañero que conduce se ha atizado una buena botella de coñac,

para tomar fuerzas...» Bueno, procuraré no preocuparme. De todos modos, la preocupación no me serviría de nada. Mis compañeros me interrogan, solicitando la traducción de las noticias. Naturalmente, yo atenúo los efectos.

Al regreso de la cena en el coche-restaurant, en donde estábamos como en familia una docena de comensales, empezamos a sentir frío en nuestro departamento. ¡Se acabó la calefacción! Añádese a esto las paradas bruscas del *tren-tortuga*, que nos precipitan violentamente los unos sobre los otros... Creyendo a un choque, cosa posible en tales condiciones, los viajeros se atemorizan; luego recobran la tranquilidad y sonríen... La voz nasal del soldado increpa, dirigiéndose a su compañero «maquinista»: «¡Esta especie de longaniza!...» luego intenta explicarse el motivo del frío en el coche. «Usted comprenderá fácilmente que, con la ocupación del Ruhr, franceses y alemanes nos hemos quedado sin carbón... ¡Esto tiene mucha gracia! El resultado de la ocupación puede traducirse así para la Francia: falta total de carbón, encarecimiento de víveres, movilización de un sinnúmero de individuos que, como yo, se hallaban muy tranquilos en sus hogares, desorganización completa de los transportes, formidables gastos para la Hacienda, que constituyen una nueva elevación de impuestos para el contribuyente francés, y el riesgo de correr un gran ridículo... ¡Maldita sea la guerra! Además...» Una brusca parada del tren le corta la palabra. Inmediatamente se precepta a la ventanilla y grita: «¡Esta especie de longaniza!...» El tren se pone de nuevo en marcha, lentamente... Yo penetro de nuevo en nuestro departamento. Mis compañeros se hallan abatidos por el sueño, el frío y la fatiga... Nuestra compañera, la alemana, bonita rubia de ojos azules, contempla, tristemente el paisaje color de plomo y la sucia llovizna que sigue cayendo... ¡Nadie en las carreteras! ¡Nadie en las estaciones! Un silencio de cementerio se esparce sobre esta parte del mundo... La alemana gime tristemente: «*Die Welt ist tot!*» (¡El mundo ha muerto!) Un suspiro de los oyentes es la única respuesta.

¡Wiesbaden! ¡Al fin! Las tres de la mañana. Nadie en la estación. Silencio completo. Aquí terminan las comunicaciones ferroviarias. ¡No hay trenes para Francfort! ¡Y esta situación dura ya una semana! ¡Y en París se me había asegurado que «la situación ha mejorado»! Y para probárnoslo, se nos ha hecho pagar el billete hasta Francfort... (¡Combinación financiera!) ¿Qué hacer?... Por fortuna podemos conseguir que un automóvil nos conduzca hasta Francfort, adonde llegamos a las cinco de la mañana. Debido a la carestía de carbón, los trenes Francfort-Berlín han sido reducidos a dos: el primero saldrá a las dos de la tarde. Descanso en el hotel. Salida para Berlín a las dos y cuarto de la tarde. Llegada a la capital a las once y cuarto de la noche. ¡Cerca de cuarenta horas para ir de París a Berlín! ¡Decididamente, la situación del Ruhr «ha mejorado»...

ARMAND GUERRA.

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

En el número próximo, correspondiente al día 2 del próximo agosto, publicará

TENORIO POR CARAMBOLA

según el argumento de la hermosa película de la acreditada marca Fox, interpretada por el popularísimo actor Tom Mix.

TENORIO POR CARAMBOLA

se desarrolla en el Oeste, pintoresco y trágico al mismo tiempo, con sus extensos desiertos, sus gigantescos árboles, sus caballos salvajes y sus hombres de pelo en pecho, prontos a la pasión avasalladora y a la lucha. En

TENORIO POR CARAMBOLA

Tom Mix, el jinete más maravilloso del mundo, llamado con razón el Centamo moderno, luce su incomparable destreza de caballista intrépido y audaz que no teme a la muerte que desafía a cada paso sobre su raudo corcel.

TENORIO POR CARAMBOLA

además de ser una novela cinematográfica interesantísima es un alarde de ingenio chispeante en el que se amalgaman al elemento cómico y la acción dramática.

Postal de la bellísima actriz Marguerite de la Motte.

NUMEROS PUBLICADOS

1.º *Almas el venta*; 2.º *En el Palacio del Rey*; 3.º *Pedrucho*; 4.º *El terremoto*; 5.º *Lecciones de amor* (postal de Gloria Swanson); 6.º *Bavu, el bolchevique* (extraordinario; postal de Thomas Meighan); 7.º *Manual del Perfecto Casado* (postal de Pola Negri); 8.º *Tigre blanco* (postal de Charles Ray); 9.º *Sin ayuda de nadie* (postal de Betty Compson); 10. *El hombre de Río Perdido* (postal de Charles Roche); 11. *La Reina de Saba* (postal de Jacqueline Logan); 12. *El Tesoro de la Carabela* (postal de Edmund Lowe); 13. *El huésped de media noche* (postal de Rodolfo Valentino); 14. *Si las mujeres mandasen* (postal de Viola Dana); 15. *La Cachorrilla* (postal de Antonio Moreno); 16. *La desposada de nadie* (postal de Bárbara la Marr); 17. *El Supremo Tesoro* (postal de J. Warren Kerrigan).

EVA EN JUNIO

Lo voz ondisonora y rumorosa de Anfitrita nos llama desde sus profundos dominios ecuatorios. Las otras mitológicas Deidades con su cohorte de tritones, las hijas de Doris y Vereos sobre delfines áureos embellecen el reino de Poseidon en la noche lunada. El mar, con dulce y blanco murmullo, lanza su llamada a los de tierra adentro... Allí van, con júbilos mal contenidos, entre la balumba de equipajes y maletas, a las costaneras orillas de las playas pueblerinas o a las otras, tan llenas de ruido y prevenciones impuestas por la moda, Eva, su madre y sus amigas.

El mar, el ancho mar, el regolfado mar en junio, a pleno sol y con el penacho de sus espumas, ofrece el frescor acariciante de sus ondas a los cuerpos gráciles y adolescentes de las bañistas semidesnudas.

Eva, un poco hastiada de bailes, deportes y reuniones particulares busca con avidez la serenidad azul de las ingencias marinas, en donde mejor que en los saloncitos confortables de la ciudad, suenan con trémolos nuevos las palabras estuosas de aquel infatigable adorador que le ha hecho, con asiduidad, la corte todo el invierno.

Resaltadas provocativamente sus admirables morbideces por el *maillot*, recogido el pelo, dentro del casquete impermeable que hace resaltar tanto la blancura lechosa de su piel, bajo la mirada codiciosa de los tiburones de playa que, acodados, en la amplia terraza del rompeolas, la fisgan con los prismáticos, cuando sale de la caseta o regresa a ella, Eva suscita a diario no solo admiración sino también un poco de crítica envidiosilla entre quienes pasan siempre, por entre el sexo feo, desapercibidas...

Después de los ómnibus bamboleanes y unos kilómetros en ferrocarril, a través de cuyas ventanillas abiertas van desfilando, tierras llecas, osamentas calcinadas de castillos derruidos, el luminismo de los campos bajo el sol agrio y deslumbrante de junio: aquí una estación con unos arbolillos raquíticos, unas gallinas y pozo, y mas allá la curva sosegada de un río o una arboleda frondosa en donde pacen libres y sin guardián, al parecer, unas vacas soñolientas, el espectáculo siempre nuevo y maravilloso del mar surge, de improviso, como un Ofir consolador para el veraneante

Pueblecitos blancos, del litoral mediterráneo con poéticos paseos de palmeras, en donde triunfan los trajes claros, el sombrero de paja, el escote y las mangas cortas; salidas y puestas de sol sobre el remoto horizonte cruzado por el triángulo latino de las gabarras pescadoras; anfiteatros de tajantes cantiles cubiertos, a ratos, de espumas defecadas y, sobre cuyo basamento, la gallardía blanca y torreada del faro es como una pupila vigilante en la noche...

Frente al mar, alegre, diáfano, como un berilo, la playa se anima a la hora exhibicionista del baño. La gente de edad busca para sentarse la sombra protectora de las chillonas sombrillas clavadas en la arena; los niños juegan en libertad absoluta.

Junio, el divino junio verbenero dispersa, por completo, todos los escepticismos; la vejez se acicala; renace la ilusión, y la juventud más que nunca se desvive por saborear todos los frutos de la vida. Igual que a una colegiala en vacaciones, a Eva le alucina la idea de veranear y de democratizarse un poco. ¡Oh! la dicha jamás igualada de pasear en alpargatas y de bailar en el casinejo de un pueblecillo blanco, del litoral, con el hijo del boticario o del alcalde, y la de sestar, sin prevenciones, como otra Galatea, a la sombra dulcemente acogedora de un árbol.

La hora de la partida, de la llegada y del regreso sugieren a Eva tres emociones distintas. La primera es de impaciencia, de nerviosidad, de sed viajera, agudizada desde que sus amigas comenzaron, como todos los años, a preparar las maletas; la segunda, debida a la libertad que disfruta durante la temporada vernal, es de molice, de serenidad deleitosa, sin esa rémora cargada de pequeñas imposiciones ciudadanas; y la última—epílogo en el que no habrá dejado de intervenir probablemente el bribonzuelo Cupido—suele ser de tristeza un poco depresora.

Desfilan en procesión cordial los días áureos de soberana esplendidez que fueron sedante para el cuerpo y agua de mayo para el corazón dispuesto siempre a embriagarse de color y de sol.

En el frescor, en la bonanza, en el bello oasis de la costa Eva recibe de cuando en cuando cartas apasionadas de un Cyrano moderno, sin dos pese-

tas, escritas, indudablemente en la calma, todo majestad, del nocturno, y a esa hora ecoica, en que la capital entera descansa del pegajoso bochorno meridiano.

Eva, la Venus de raso, como le llama en sus epístolas amatorias, este pobre diablo, va hacia al mar en junio, deseosa de hacer todo cuanto se le antoje: la caricia rumorosa de sus ondas bonachonas y la estremecedora presión de abrazo de su oleaje son tentaciones, en verdad, tan difíciles de vencer como las terrenales. Luego, los coqueteos sin transcendencia, con chicos de buena fe; los diálogos animados entre los corrillos de veraneantes, unas veces en la playa, otras en el fondo de un jardín, huyendo del resol y otras en la playa principal del pueblo, en donde a lo mejor toca un organillo o una charanga de virtuosos atruena el espacio con sus estridencias; el paisaje soñador que le rodea; las verbenas castizas, improvisadas, en medio de la calle con unos farolitos colgados de acera a acera; la becerrada tradicional de todos los años para conmemorar las fiestas de la localidad y de cuyo cargo honorífico de precidente, Eva se aprovechará para ponerse un chinesco pañolón, una peineta de teja y lucir unos claveles tan rojos como sus labios; las excursiones a las agrestes cercanías del villaje próximo con el inseparable Kodak, el buen camarada que todo lo sorprende y todo lo curiose, son los números más atrayentes del programa que, antes de abandonar la capital aquella trazará para pasar, lo mejor posible y sin perder nunca su peculiar humor, los meses caliginosos de verano.

Junio, incensario de fragancias y prelusiones idílicas tan en consorcio con los deseos de vivir que todos tenemos cuando en la pompa joyante de las frondas hay cantadas de pájaros y rumor escondido de surtidores; se abren los balcones, sonrío el cielo con una sonrisa que es todo transparencia y todo claridad; aparecen los primeros tocados vaporosos y florece, una vez más, el optimismo tan ingenuo de los enamorados, junio empuja al bajel de nuestras ilusiones hacia el mar que nos brinda sus horizontes quiméricos, para buscar en sus misterios, la redención que tal vez en tierra firme no encontraríamos nunca...

JOSÉ LÓPEZ MORELLÓ

LA MEJOR LÁMPARA IRROMPIBLE

RAY

MONTADA CON
ALAMBRE CONTINUO

Rambla de las Flores, 16 — Barcelona

A la **LIBRERIA ITALIANA**,
Rbla. de Cataluña, 125, le ha sido
concedida la exclusiva para la venta
en **Barcelona** y en el resto de **Cata-**
luña, de todas las publicaciones de la
Empresa Editorial «EL CINE».



DE TODO UN POCO

Noticiario

A los lectores de «Obras Maestras del Cine»

El premio de «Obras Maestras del Cine», consistente en un estupendo retrato con marco de un popular artista del arte mudo, correspondiente al mes de junio, ha correspondido a don Leonardo Santacana, de Igualada, poseedor de la postal marcada con el mismo número, del premio mayor de la Lotería Nacional jugada el 1.º de dicho mes.

Al afortunado lector de «Obras Maestras del Cine», don Leonardo Santacana se le ha enviado un gran retrato con marco de Rodolfo Valentino.

Bibliografía

«Vida de Periodistas Ilustres». — Con este título ha publicado la Asociación de la Prensa diaria de Barcelona, un interesante tomo que contiene las fotografías de Milá y Fontanals, Maragall, Peris Mencheta y Figuerola, seguidas de diversos documentos sobre la vida de dicha Asociación.

«A la luz de la lámpara». — Es un primoroso tomo de cuentos, original del joven y notable escritor Angel Requena, que demuestra en esta última obra un exquisito temperamento de novelista. «A la luz de la lámpara» contiene una carta-prólogo del eximio y popular literato, don Vicente Díez de Tejada.

«Amor que no halló amor». — Con este título ha publicado la editorial Feliú y Susanna una novela de más de 300 páginas del conocido periodista Alfredo Serrano, que con un estilo rápido, conciso, urde un asunto interesante.

«Supremo tesoro»

Se ha puesto a la venta el n.º 17 de «Obras Maestras del Cine», que se titula «Supremo Tesoro».

A esta emocionante novela cinematográfica acompaña una magnífica postal de J. Warren Kerrigan, con opción al premio de un retrato en marco de uno de los más famosos artistas del arte mudo.

Curiosidades

Luz líquida

El conocido químico Gulgo Blenso ha anunciado que ha descubierto una luz radioactiva en forma líquida, que puede ser encerrada en una botella y servir durante muchos años sin ser renovada. En una entrevista que le fué hecha por un redactor del «New York Herald», Blenso ha dicho:

«Aventualmente esta entrevista hará que el carbón y el petróleo sean considerados dentro de poco como cosas absolutamente innecesarias para la producción de la luz artificial. Mi luz líquida tiene una potencia superior a la de la luz eléctrica, y su rendimiento no es ni comparable, pues

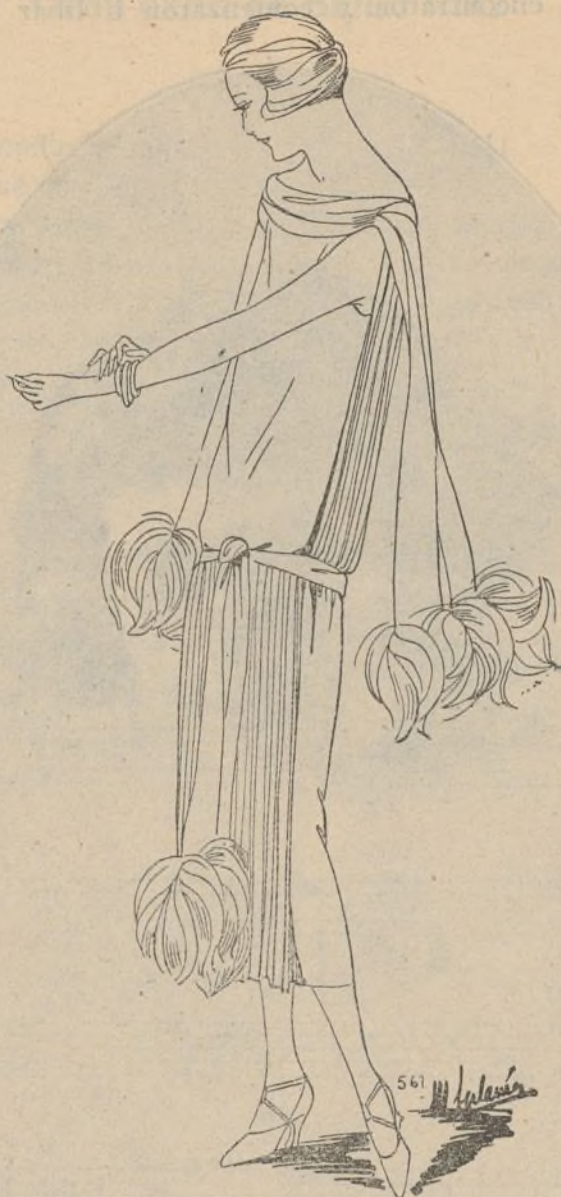


Convalécientes de la gripe, tifoideas, pulmonías, neurasténicos, debilitados, anémicos, toman el

TÓNICO MANDRI

lo pueden tomar los delicados del estómago. Elaborados por **FRANCISCO MANDRI**, Médico y Quím.º Farmacéutico

LA MODA EN PARÍS



CONSORTIUM DE PRESSE PARIS

La última palabra de París, en lo que respecta a los adornos, se refiere a las aplicaciones en oretona. Las hay de todos los colores y formas, desde un simple bouquet al cesto de flores, aplicado para fingir un bolsillo de la chaqueta; desde un bouquet grande, aplicado sobre la blusa, vestido; hemos visto un modelo derecho, un poco largo, en crepé de China negro, con estos adornos tan decorativos, y el efecto no deja nada que desear.

A decir verdad, queridas lectoras, esta moda merece vuestra acogida. Como es natural, se hallan en venta y es fácil encontrar las cretonas necesarias para realizar estos adornos, de las cuales se recortan las partes que se desean aplicar, fijándose después en el tejido por medio de puntos pasados y pudiendo la fantasía de las elegantes agregar cualquier ornamento bordado.

Estas aplicaciones se usan, como ya dije, en todo. En los chalecos y en los pequeños abrigos y hasta en los sombreros y echarpes. En los sombreros de satén negro, suelen verse, con mucha frecuencia, bouquets de cretona aplicados y bordados con hilo de oro, lo que les da un aspecto realmente encantador.

Hablando de otra cosa, más esencial para todos en este momento, qué tal encuentran nuestras lectoras el modelo del dibujo, un vestido en crepé Romein orquídea, con el bordado color cereza.

A. D'ENERY.

París, Julio, 1924

podrá alumbrar durante seis o quince años sin necesidad de hacer nuevos gastos y sin ningún arreglo ni modificación».

Lucha entre un buzo y un pulpo

En aguas de Tolón, en donde se halla aun sumergido el casco del acorazado «Liberté», de infausta memoria, se ha desarrollado una emocionante lucha entre un buzo, Juan Nogri, y un enorme pulpo.

Provisto de su escafandra, el buzo, como todos los días, descendió al fondo de las aguas, para rodear el casco de gruesas cadenas y poder ponerlo a flote. Súbitamente se vió paralizados los brazos por los tentáculos de un pulpo tremendo.

Avezado a librarse de esta clase de fieras marinas, Nogri entabló una lucha formidable para desasirse de su aprehensor; pero era tal la fuerza desplegada por éste que bien creyó no contarle.

Es de advertir que como se hallaba aprehendido por los dos brazos, no podía servirse del arma que llevaba a prevención ni siquiera transmitir señal alguna a sus auxiliares; en una palabra, se encontraba inmovilizado.

Aprovechó un momento de relativa debilidad del pulpo y pudo soltarse un brazo. Con él sacó de la funda el tridente de mango corto de que era portador y dió repetidos golpes a su rival. Más el pulpo no soltaba su presa, y en vista de ello tuvo que acudir al recurso de avisar para que le remontasen a la superficie de las aguas.

Excusado, es decir, el espectáculo que se ofreció a sus ayudantes: el pulpo, que se había aprovechado a su vez de la maniobra, tenía agarrada a su víctima por los brazos y la cabeza. No hubo medio de que el repugnante animal soltase su presa y fué necesario cortarle los tentáculos.

ESTAFETA SENTIMENTAL

Carmela. — Creo que como prueba ha sido bastante con dos veces; pero si usted está decidida a reincidir...

Lulú. — Que se marche, es lo mejor que puede hacer y lo que más le conviene a usted por mucho que lo sienta. Peor es la situación que les crearía a ustedes su presencia.

Vara de Nardo. — Tiene razón su prometido. Lo primero es que usted reponga su salud, para lo cual es indispensable que dejen de verse. El amor dá la vida, pero según cómo es peligrosísimo. Un poco de resignación y de voluntad.

CORRESPONDENCIA

Antonio Martí. Valencia. — Se vende en esta Administración al precio de dos pesetas.

Rafael Bretón. Salamanca. — En giro postal o en sellos de correo: igual da.

El grupo de Villanueva. — Cuando recibimos su postal estaba tirado el número, no siéndonos posible la rectificación.

Juan F. Conde. Linares. — Para lo que usted desea se ha de dirigir a una de las casas de Madrid que editan películas.

Ferdinand C. P. Guayaquil. — Lo mejor que puede usted hacer es dirigirse directamente a esa artista. El libro está agotado.



BELLEZA

Masaje facial. — Depilación eléctrica. — Corrección de la nariz. — Obesidades. — Ondulación. — Postizos. — Tinturas. — Manicura. — Baños de luz.

INSTITUTO DE MASAJE

Rambla del Centro, 7 pral. (fr. al Liceo)

RAMONCITA ROVIRA PIDE CLEMENCIA

VERDADERAMENTE son un agobio para mí estas confesiones públicas que de mí solicita el popular semanario EL CINE. La falta de costumbre hace que hincada de rodillas les pida perdón de antemano.

El primer mandamiento que mis confesores me indican es el que se refiere a mi nacimiento, en el arte de las Variedades, y he decir que hace unos dos años que germinaron en mí estas aficiones que siempre cultivé y que hoy constituyen mi única ilusión.

A punto cierto no sé quien echó la semilla, pero casi puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que las páginas de los periódicos que tanto me hablaban de los éxitos de Raquel Meller y Pilar Alonso, induciéndome a probar fortuna en la canción popular. Esto junto, claro es, a la instigación de amigos que me aseguraban el triunfo.

Durante bastante tiempo mi familia fué el freno de mis aspiraciones por el perjuicio existente respecto a la falta de decoro de la gente de candilejas adentro. Pero no obstante en aquella etapa yo no dejé de aprender canciones con el solo objeto de distraer reuniones de amigos y familiares.

Un caso fortuito decidió mi salida al público; Estando en Fuliola (Iérida) mi aldea natal, llegó a Ibars de Urgel, un pueblecito cercano al mío, la orquesta contratada para tocar en las fiestas, y al director le hablaron tan encomiasticamente de mí que demostró grandes deseos de oírme como así sucedió en una función que con tal motivo se organizó en Ibars. Tuve un gran éxito, y los míos en vista de las reflexiones que el maestro-director hizo me autorizaron para empezar en serio mi carrera artística.

Hoy ya no hay que convencerles de que no estan fiero el león como lo pintan pues saben que se puede guardar igual pudor en el escenario como de puertas afuera.

Pero después de aquella para mí, memorable fecha, debuté en Eldorado de Barcelona, y desde entonces no he cesado de trabajar, pues ese diablillo de público al que todas las artistas tenemos tanto miedo, se ha portado muy bien conmigo, como si de antemano supiera el esfuerzo y la voluntad que he puesto para conseguir el nombre que tengo. Yo creo que tengo aun grandes defectos—¡qué artista no los tiene!— pero todos me los perdo-

na en gracia al enorme interés que pongo por complacerle.

Yo no he seguido el camino de algunas de las artistas que triunfan en la actualidad en mi género, que desde un comienzo encontraron y comenzaron a libar las



RAMONCITA ROVIRA

La gentilísima estrella de la canción que en un breve plazo ha fulgurado con limpios destellos en los principales teatros de Variedades

míes del éxito debido a una fastuosa presentación decorado y vestidos y a otra más grandiosa «reclame». Porque es indudable que el público tiene algo de alondra y se ciega por los espejuelos que le presentan.

Sin decir que yo esté en la cumbre, pues sería una soberbia impropia de mí, es innegable que he subido paso a paso y por mi propio esfuerzo...

Tres trajecitos de batista eran todo mi ajuar artístico cuando me presenté en el escenario, de Eldorado. Y no digo nada respecto al decorado *propio*, porque ello era entonces para mí un sueño de color de rosa. Hoy día como las cosas han variado un poco, tengo hasta el honor, que yo agradezco en el alma, de que los auto-

res escriban canciones para mí solita, teniendo en cuenta mis aptitudes. Naturalmente que esto hace aumentar mis aficiones primeras, aguijoneadas por la justa vanidad del éxito.

Mis ilusiones, ¡ilusiones al fin! son muy grandes porque creo que apesar de lo mucho que en el género de Variedades ha hecho *nuestra* maestra Raquel Meller aun no se ha visto la más preciosa faceta del arte frívolo. Si Raquel en vez de repartir sus energías entre el arte mudo y la canción hubiera intensificado la labor en esta última manifestación de su genio, es fácil que a estas fechas hubiera sido ella quien nos hubiera dado la pauta a seguir, asombrándonos con los destellos de su talento intuitivamente artístico. Pero Raquel Meller se ausenta y su lugar está sin ocupar. ¡Si yo pudiera ponerme en su lugar!

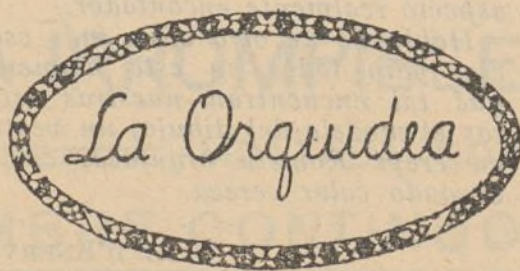
No abrigo ese temor que a muchos atoxiga de que las varietés en España llevan el camino de la desaparición. Si actualmente pasa crisis, esta es general en todo lo que se refiere al teatro. Y es inútil querer cambiar el fundamento de las cosas.

Yo no creo en el cansancio del público hacia esta clase de espectáculos o atracciones, sino más bien en el agotamiento del bolsillo. ¡Señor, si está la vida tan cara! Todo se hace a grandes precios de taquilla a los cuales el público lógicamente se resiste. Ya se que a esto se me objetará que nosotros los artistas somos los principales culpables, imponiendo sueldos exorbitantes que redundan en perjuicio del público, etcétera, etc., pero, amigos míos yo hoy por hoy soy inmaculada en esta cuestión, porque ni me impuse jamás a nadie, ni creo que ninguna Empresa se arruine con mis equitativas soldadas. Y ante todo puedo asegurar que yo siempre he justificado mi sueldo, y lo que digo, escrito queda.

Perdonen los lectores de EL CINE si no me confieso en cuetiones de amor. No he tenido tiempo de saborear este agrídulce manjar, porque toda mi voluntad la tengo puesta en mi afición artística, pero si dicen por ahí que soy la artista de corazón, es lógico que cuando me decida a querer mi cariño será arrollador. De manera que pueden apuntarse este dato los tenorios de camerino. Aunque mi voz aseguran que es de tiple conste que no soy ligera.

RAMONCITA ROVIRA

**Mercería,
Labores y
Novedades**



ESTA CASA recibe continuamente del extranjero las últimas novedades en adornos, labores, lanas, sedas y artículos de fantasía : : : Especialidad en **CINTAS : LANAS y SEDAS para JERSEYS**
Puerta del Angel, 15 y 17
Teléfono 4035 A

QUIMERAS

Letra de A. Gallego Burín

Gran éxito de Salud Ruiz

Música de J. Legaza

II

Quimeras de amores
locas esperanzas,
¡todo lo he vivido,
ya no queda nada!
con todas mis fuerzas

a aquel hombre amaba,
le entregué mi cuerpo,
le ofrecí mi alma;
pero en esta vida
¡todo es una farsa!
y aquel triste drama
ya a su fin tocaba.

III

Pasados los años
qué triste me encuentro,
soy flor que deshojan
¡la desengañada!
¡Qué amarga es la vida,

sin una esperanza,
ya nada en el mundo
mi ilusión aguarda!
La verdad que es triste
querer tanto a un hombre;
concebir un sueño
para ser burlada.

ADAGIO

ad libit.

VOZ.

Pro-me-sas de un hom-bre

re-ci-bien un tiem-po en las que yoin-gé-nua mi di-cha ci-fra-ba

mas lue-go cual siem-pre to-doe-ra-men-ti-ra y al i-gual que el hu-mo

to-do se es-fu-ma-ba y los de-sen-ga-ños en mi con-si-guie-ron que ya con-en-

-ga-ños yo a to-dos pa-ga-ra. Son las i-lu-sio-nes al i-gual que el hu-mo co-mo ca-sas

vie-jas, que se des-va-ne-cen que se des-mo-ro-nan cuan-do no se pien-sa. D.C.

EL MUNDO DE LA CINEMATOGRAFIA

ACOTACIONES

Guimerá, figura importante del cine

La muchedumbre que se encanta ante el arte de un actor, dándose cuenta de que sólo se disfruta de ese arte mientras vive su poseedor, no pierde ocasión de admirarle, de aplaudirle y de ensalzarle. Inesperadamente la muerte se lleva al artista y a su arte. La gente, entonces, exclama compungida: ¡Qué lástima de hombre, ya no nos embelesará más con su arte! Recordad el caso de Gayarre. Murió en pleno apogeo de facultades y de triunfos. Cuantos le oyeron cantar lloraban inconsolables su desaparición—quizá fuese la de su arte. ¡Parecía un ángel cantando!—decían—¡qué divina voz la suya! ¡Hombres así merecen vivir eternamente!

En cambio, nadie desea vida eterna a un escritor, a un pintor, a un escultor. Se siente su muerte, sí, mas como con el hombre no desaparece su arte, su obra, sino que le sobrevive, el dolor es menos intenso.

«Las cosas bellas debían ser eternas», ha escrito «Azorín». ¿Debían? ¿Acaso no lo son ya? ¿Por ventura no son eternos los cuadros bellos, las esculturas bellas y los libros bellos? Puede que no sean eternos, pero nosotros conservándolos cuidadosamente, los hacemos eternos, que viene a ser lo mismo.

Esa es la única diferencia que separa al actor de los demás artistas: la obra de aquél «no queda—por muy hermosa que sea—; la de éstos «queda».

Si de todos modos es eterna la obra del escritor, del pintor, del escultor, ¿a qué llorar su muerte? Esto se preguntan los mismos que cuando fallece un actor famoso derraman raudales de lágrimas. Y es que no es la desaparición del artista, del hombre, la que se llora, sino la desaparición de su arte.

Por eso, tal vez, la infausta nueva de la muerte de Guimerá no nos afligió lo que esperábamos. ¡Ha muerto el autor de *Tierra baja*! ¡Viva *Tierra baja*! Así gritamos al enterarnos de la triste noticia. Pero, un gran dolor, una pena muy honda no tardó en entristecernos. Nos abandonaba don Angel Guimerá, el maestro, el patriarca de las letras catalanas. ¡Ya no le veríamos más pasear por las calles barcelonesas, ya no escucharemos sus palabras!...—repetíamos pesados, con los ojos humedecidos por el llanto. Mas leeremos sus obras con el agrado y la delectación de siempre—decíamos consolándonos—, veremos honrar su memoria, presenciaremos cómo se immortaliza su nombre y, sobre todo, contemplaremos en la magia y popular tela blanca de los cines los frutos de su genio. Porque Guimerá es una figura importante del cine. Y ningún trabajo nos costará probarlo.

Hasta los estudios de la Famous Players Film Co.—fuerte entidad americana—llega la

celebridad de Guimerá y de su *Tierra baja*; y previa autorización del autor, en el mundillo del cine aparece la película «Tierra baja», de Guimerá, interpretada por Berta Kalich en el papel de Marta y por William A. Playter en el de Manelic. Obtiene un éxito enorme «Tierra baja», y los que no conocían al dramaturgo Guimerá hablan con entusiasmo del pelicularista Guimerá.

«Tierra baja»—primera obra de autor espa-



Jack Mulhall

ñol convertida en película—se proyecta privadamente en un lujoso cine barcelonés y Guimerá asiste a la prueba, saliendo complacido de la fidelidad de la adaptación cinegráfica. Esto sucedió hace aproximadamente diez años. Poco después una insignie actriz española—Maragarita Xirgu—crea a Alexia, «La reina joven», y una manufactura parisiense lleva a la pantalla «La fiesta del trigo». Y el nombre de Guimerá, con motivo del estreno de «María Rosa», creación de la trágica neoyorquina Geraldine Farrar, vuelve a sonar en los círculos cinegráficos. Durante varios años los pelicularistas olvidan a Guimerá. Un día del año veintitrés don Angel recibe atenta carta en la que se le comunica la sesión de prueba de una cineversión alemana de «Tierra baja». Don Angel concurre a la prueba. Medio ciego apenas ve la película, se limita a oír los comentarios de sus amigos. Le preguntan su opinión sobre la película y responde con un movimiento de hombros, fríamente: ¡Está bien! Ese seco «¡Está bien!» ocultaba una amargura: que sus compatriotas prescindiesen de sus dramas para argumentar películas, mientras los extranjeros se peleaban por adaptarlos al cine.

Pronto le alegra la transformación en película de su «Padre Juanico» por una casa española, y otra versión alemana de «Tierra baja», creada por Ila Loth. Guimerá es ya una figura importante del cine; las películas «Tierra baja»—tres ediciones diferentes—, «María Rosa», «La fiesta del trigo», «La reina joven» y «El padre Juanico», lo atestiguan. Sin embargo, un acontecimiento imprevisto le consagra definitivamente como preeminente figura del cine: la petición de una casa francesa de trasladar al blanco lienzo sus obras no filmadas, empezando por «Gala Placidia» y siguiendo por

«El hijo del rey», «Mar y cielo», «Agua que corre», «A ras de tierra», «La loca», «Indibil y Mandonio», «El camino del sol», etc.

Guimerá, ajeno a que la Pálida le aguardaba, accedió a ello contentísimo, aunque dolorido de la indiferencia de los pelicularistas españoles con sus obras. Y muere sin realizar su ideal: ver como los pelicularistas españoles se disputan la filmación de sus obras.

Entusiastas y defensores del cine: descubramonos, pues, ante la tumba recién abierta del gran patricio don Angel Guimerá, gloria inmarcesible de la literatura universal, que sin quererlo es, también, gloria de la cinematografía mundial.

GUMUCIO

Ecos diversos

EN EL EXTRANJERO

La Universal gasta un cuarto de millón para sus estudios

A. E. Rosenberg, director de compras de la Universal City Cal., volverá a la Costa la próxima semana después de haber terminado uno de los más extensos programas de compras que nunca se haya podido concebir para una compañía de producciones cinematográficas. El importe de lo adquirido cuesta más de un cuarto de millón de dólares.

Los artículos que ha comprado son, pinturas, objetos antiguos, muebles y otras cosas, muchas de ellas importadas de Europa especialmente para la Universal. Estos artículos serán usados para las próximas producciones Joyas de la Universal City.

Esta adquisición coloca a la Universal en primera línea en lo que se refiere a mobiliario. «Ninguna de las otras Compañías de la Costa tiene el material que ha adquirido la Universal», dice Mr. Rosenberg. Estas adquisiciones demuestran el cuidado y gasto que hace la Universal para dar a sus producciones la autenticidad y grandeza que son necesarias a las grandes películas para triunfar sobre todas las demás.

Un viaje de muchas millas para impresionar algunas escenas de nieve

Después de haber esperado en vano que la nieve extendiera su blanco sudario por las calles californianas, la compañía de William Duncan se marchó de Universal City para McCallidaho, con objeto de filmar algunos exteriores para la nueva producción «The Free Traders».

Generalmente en esta época del año, hay mucha nieve en Big Bear Lake o Truckee, siendo la estación más propicia para impresionar escenas invernales, pero la nevada hasta ahora en California fué enteramente desfavorable por su poca consistencia, y ante el temor



Virginia Valli



Jack Mower

de que las escenas resultasen sin la grandiosidad necesaria, no se titubeó en emprender el viaje, a pesar de las fatigas y grandes dispendios que debía originar.

Duncan, que dirige sus propias producciones, va acompañado de 20 personas y una unidad de 12 perros alscianos. Trineos tirados por perros, equipos generales para puestos traficantes en el Norte, y una verdadera pirámide de cajas de comestibles para la manutención de la compañía durante varias semanas, ha sido necesario movilizar para la impresión de algunas de las escenas de esta hermosa cinta.

Scotty Allen, célebre conductor de Alaska, guiará el «Mushing» del equipo de perros en este film. Allen ganó dos veces el concurso de «sweepstakes» Alaska, desde Nome a Solomon y regreso, el concurso más grande de un equipo de perros celebrado hasta la fecha y uno de los acontecimientos más grandes del mundo deportivo.

Secundan a Duncan, Edith Johnson, Esther Realson, Joe Bonomo, Frank Rice, Joseph Girard, Carl Comstok, Edward Cecil, Harry Woods y Joe Domínguez.

EN MADRID

Pelicularistas que pleitean

«La madona de las rosas» es una película que don Jacinto Benavente hizo bastante antes que le concediesen el premio Nobel, y ante, por tanto, que su nombre adquiriese prestigio universal. Estrenada con gran éxito en el cortés teatro de la Comedia, nadie volvió a hablar de esa película, hasta ahora que es nada menos que origen de un pleito. Don Constantino Lluch, que dió una respetable cantidad por la exclusiva de explotación de «La madona de las rosas», suponiéndose defraudado, se querella contra Miguel de Miguel, pues la película fué estrenada ya. De Miguel, a su vez, dice que no hubo engaño, que el señor Lluch sabía que «La madona de las rosas» gustó mucho el día de su estreno y que por eso la alquiló. El señor Lluch replica que nada sabía, el señor de Miguel contesta que lo sabía todo. En fin, ambos creen tener razón. Veremos por quien se inclina la balanza de la justicia.

Se dice...

Que en el firmamento cinegráfico español ha parecido una rutilante y bella «estrella» llamada María Cuevas.

Que Blasco Ibáñez escribe para una casa madrileña de películas un interesante argumento. Que Antonio Gil Varela «Varillas» encontró

en Hollywood, un empleo estupendo, no pensando, por tanto, retornar a España.

Que la Film Española «se rajó» y no impresionará «Don Alvaro o la fuerza del sino».

Que los mismos de «La mala ley» preparan «Currito de la Cruz».

Que Alfreddo Hurtado, el niño de «La buenaventura de Pitufín» es un prodigioso actor, capaz de achicar al pequeño en edad, pero grande en facultades cinescas, Jackie Coogan.

Que Rafael Salvador terminará a fines de año «El soldado de San Marcial».

Que «Rejas y votos» (segunda parte de «Carceleras») de la Atlántida film, se estrenará casi al mismo tiempo que «Venganza isleña», de la Atlántida también.

Que el Cine Florida no se inaugurará hasta el año que viene.

Que el Pardiñas, en cambio, abrirá sus puertas al público dentro de muy pocos días.

Intimididades y curiosidades de pelicularos

Amalia Cruzado, la Mercedes de «El puñao de rosas», toca el violín, pero no el violón, pues esto queda para los políticos del antiguo régimen.

Angelina Bretón, la Soledad de «Curro Vargas», baila muy bien, por lo que su fama de bailarina es mayor que su fama de peliculara.

Paulette Landais, la afrancesada «Maruxa» que nos ofreció Vorins, aunque parisina castiza, gusta ir a los toros acompañada de algún que otro «colletudo».

José Romeu, el protagonista de «Carceleras» y de «A fuerza de arrastrarse», posee una excelente voz de tenor, que si no luce en el cine, no es porque le falten ganas, sino por la imposibilidad para ello.

Ana Giner, «La Dolores» soñada por Feliu y Codina, se asusta de los ratones, pero mucho más de los rateros.

Benito Perojo, el «metteur» de «Para toda la vida», del teatro hablado se pasó al cine y de la cinematografía francesa a la española.

José Buchs, alma de la Film Española, empezó su labor peliculara encarnando al melancólico Arlequín de la cinecomedia benaventiana «Los intereses creados».

Al margen de las películas

Esto de «al margen de las películas» es un suponer, porque de escribir estos comentarios semanales en alguna parte, sería en todo caso en los dientes—ponzoñosos dientes que incrustan su veneno en las inteligencias infantiles, pervertiéndolas, al decir de sendos moralistas—único sitio que tienen disponible las películas. Pero como no se puede escribir nada en los dientes de las películas—a lo sumo la marca de la cinta, y gracias—contentémonos con escribir semanales comentarios, bajo el título de «al margen de las películas» en blancas cuartillas.

La conjuración de Génova. — Si despreciable es la época que vivimos, no lo fueron menos las pasadas—así viene a decirnos el autor de este film. Y en efecto, en el blanco lienzo vemos reflejada la vida italiana del año 1547, en que Venecia y Génova compartían la hegemonía del Adriático, vida, por cierto, muy poco edificante, pues las intrigas, las concupiscencias y las traiciones, imperaban unidas al desenfreno más absoluto y a la mayor inmoralidad. Bien reconstituida esa época, viendo esta película vemos a la Italia de los Dux, a la Italia grande y floreciente del Renacimiento y a la Italia de la amoralidad.

La sirena. — Ningún latino concibe semejante película. Figúraos en una aldea del centro de África. Un ingeniero que convivió con los indígenas durante largos años se dispone a partir para América. E sujeto de una despedida cariñosísima; el jefe, como prueba de aprecio, le entrega tres soberbias negras y le dice: Tomad, señor; son buenas, son trabajadoras y son obedientes; y, sobre todo, están acostumbradas al palo, no os importe pegarlas, no os importe matarlas si lo creéis conveniente; son vuestras humildes esclavas; os las

regalo, señor. El ingeniero inspecciona el extraño obsequio, mira con asombro a las tres negras, las ve desnudas, con su negra piel lustrosa, con su cara de resignación, con sus simioscos pies descalzos, con su miserable aspecto de bestias de carga; y pensando en lo caro que le saldría alimentarlas, vestir las y calzarlas, declina el honor de adquirir la propiedad de las tres mujeres. El ingeniero olvidó la aventura final de su estancia en África, pero enamorado perdidamente de una casquivana «sirena moderna» que se burla desconsideradamente, ya en América, de él, recuerda el procedimiento persuasivo—una paliza—que usan los salvajes para «convencer» a sus mujeres coquetas, y decide aplicarlo a su caso, aunque corregido con un barniz de civilización. Para lo cual rapta a la neoyorquina, rapto que, como es natural, acaba en boda, después de múltiples y divertidísimas incidencias entre el semisalvaje ingeniero y la orgullosa «sirena». Lo dicho: un latino no concibe semejante película.

Arrepentimiento. — Estos yanquis, cuando se ponen a filmar películas de enjundia, de emoción, de nervio, so terribles: ni los franceses con sus cintas de tesis los superan. Sin ser tendenciosa esta película aborda un delicado tema religioso: el de la fe. Un abogado de gran corazón, que duda de la existencia de Dios, muere después de accidentada vida alabando al Señor gracias a la benéfica influencia de un sacerdote y al amor de una mujer. Un gran actor, un gran argumento y una gran fotografía, constituyen los factores de este film. Con películas como «Arrepentimiento» se comprende que se parodie al discípulo de Beethoven y se diga: «Creo en Dios y en el cine.» — G.

EN BARCELONA

Carta abierta

Sr. D. Jacinto Benavente.

Mi querido y admirado amigo:

Perdone usted que le dirija esta carta abierta correspondiente a otra que, firmada por usted, se han permitido unos señores publicar en varios periódicos de Madrid y provincias, referente a la película, obra de usted, titulada «La Madona de las Rosas», cuya exclusividad para su explotación en España y Portugal se ha servido usted venderme por contrato que usted y yo hemos firmado en Madrid en 23 de junio próximo pasado.

Que usted afirme en su carta que se trata de una vieja película—cosa que no se dijo en el mencionado contrato—está bien; pero que los «distinguidos amigos» a quienes usted dirige dicha carta la publiquen con un preoimio en que se permiten calificar desfavorablemente, por lo que se refiere al éxito, «La Madona de las Rosas», ya no está bien, pues con semejante piadosa calificación lo que demuestran es que saben anteponer su negocio al respeto, interés y admiración que toda producción inspira.



Art Accord



Gladys Walton

La campaña de publicidad a que aluden esos grandes admiradores de usted, que yo he iniciado en propaganda de la película «La Madona de las Rosas», no significa por mi parte otra cosa que el ejercicio de una legítima facultad y la práctica propia de la explotación en esta clase de negocios, por lo que niego a estos señores que tanto aire han querido dar a la carta de usted, el derecho de censurar esa propaganda en consideración a una obra de usted, que hace menos de un mes se sirvió transferirme por título justo y en documento solemne.

La película «La Madona de las Rosas» alcanzará—pese a los augurios de esos señores—, el éxito que corresponde a toda producción de

usted, y en cuanto a su ancianidad—seis o siete años, según atribuye usted en su carta— puede muy bien ser el factor de su éxito, atendido el prestigio que a su labor de usted de todo género, acompañó en aquella época.

Lamento que, sin duda por informes tendenciosos—y por tanto de muy dudosa exactitud— haya usted dirigido a sus «distinguidos amigos» la carta de que se trata, estando usted bien lejos, probablemente, de suponer al escribirla, que había de ser utilizada en la forma que lo ha sido por personas que serán de usted «muy distinguidos amigos», pero que han demostrado serle muy poco admiradores.

De usted afectísimo amigo, s. s. q. e. s. m.,

M. de Miguel.

EN PROVINCIAS

Arenys de Mar

Ateneo Arenyense. — En el espacioso salón teatro de esta entidad ha dado dos funciones la compañía que dirigen los primeros actores Ruiz Tatay y Martínez Tovar.

La graciosa comedia *Los chatos* y la última obra de Linares Rivas *La divina palabra*, han obtenido una notable interpretación en estas dos funciones. Tatay y Tovar, junto con Alejandrina Caro y Julia Delgado Caro, admirablemente secundados por las señoritas Melgarejo, Díaz, Rojas, Díaz y Lafuente, y los señores Acebo, Leida, García, Rubio, Navarro, Sala, Martín y Regales, han logrado entusiasmar al público con su brillantísima labor.

Los elogios tributados a esta compañía por su actuación, son unánimes. Pocas veces se ha visto en esta población un conjunto tan notable.

Sala Mercé. — Se han pasado últimamente, entre otras interesantes películas, «La Torre de Nesle» y «Tomasín en el bosque».

Ha debutado una compañía de comedia que se propone hacer la temporada de verano. — LUIS LLENAS ISERN.

Sanlúcar de Barrameda

Reina Victoria. — En este coliseo de verano se está cultivando con preferencia el cine, habiendo contratado el empresario todo lo mejor y moderno del séptimo arte. Últimamente proyectaron en la pantalla: «Esposas frívolas», «Los dos sargentos franceses», «Los amores de un príncipe o el carroussel de la vida», «Lady Hamilton», «Cazando fieras en el África salvaje» y «Juventud de príncipe». Quedan en cartera otras cuyos títulos iremos anotando a medida que vayan exhibiéndose.

Muy reputado en sus conciertos el reputado «Sexteto Espinar». — COMPASILLO.

Llinás del Vallés

En el cine Bachs se han pasado las preciosas producciones del programa Ajuria «Oro fino», por Enid Bennet, «La casa de muñecas», por Elsie Ferguson, «Doblones y peluconas», por Mary Pickford, y otras muy interesantes de Wallace Reid, Douglas MacLean y Douglas Fairbanks. Es de alabar los sacrificios de la empresa que se esmera en dar a conocer a Llinás a los principales artistas de la pantalla. — A. B. M.

DEPILATORIO BORRELL



Premiado con Gran Cruz y Medallas de Oro en Amberes y Roma 1923

Cerebrino MANDRI CURA LOS

DOLORES NERVIOSOS y REUMÁTICOS
(de cabeza, neuralgias faciales, intercostales, de riñones, ciáticas, etc.) y las molestias periódicas propias de la mujer. **NUNCA PERJUDICA**



Alvaro Retana

autor de la revista

PRINCESAS DE AMOR

estrenada con gran éxito en el Palace de Madrid y que se ha representado 200 veces consecutivas

Los números de música más celebrados de **Princesas de Amor**, figuran en el álbum extraordinario de

MUSICA POPULAR

dedicado a Alvaro Retana
: por ésta publicación :

Pedidos a la Admón. de EL CINE

:: Pelayo, 62 - BARCELONA :: Precio: 2 ptas. ejemplar



LA MUCHACHA QUE QUISO SER CÉLEBRE

II

Campo-Infantes, 17 junio de 192...

Margarita del alma: No espero, para escribirte, que contestes mi carta anterior. El deseo tenaz y un poco egoísta de combatir mis recuerdos contigo, lléneme de impaciencias que te parecerán, acaso, ridículas. Pero ¡soy tan feliz...!

Anoche, por primera vez en mi vida, comparecí ante el público. Fué un momento solemne al que mi afán de desmenuzar las sensaciones le concede gran importancia. ¿Por qué razón nos obstinaremos en guardar siempre un culto fervoroso al recuerdo de «la primera vez»...?

Mi bautismo artístico ha sido modesto, pero honrado. Puedo asegurarte que puse en él toda mi alma. La directora de nuestra compañía, doña Laura de San Félix, tuvo para mí cariñosas frases de aliento. Las otras actrices me abrazaron y me besuquearon un poco exageradamente, pero sin malicia. Roberto de Arce, segundo galán que merece serlo primero, y del cual, por no sé que misterioso presentimiento, calculo que te hablaré mucho, me estrechó una mano fervorosamente y me dijo algo muy agradable... ¿Qué más voy a pedir?

Como el papel que me confiaron es corto, tuve tiempo de salir al público para presenciar desde un palco el tercer acto de la comedia. Sentáronse conmigo mi madre y el susodicho galán... ¡Oh, cómo las gentes se fijaban en nosotros! Las mujeres, curiosas, dirigían hacia mí sus gemelos. Los hombres, en cuyos ojos la admiración había prendido fulgores intensos, me devoraban contemplándome, y el magnetismo de tantos pensamientos dirigidos a mi persona, prodújome una sensación casi física. La gloria—pensé—debe de sentirse así.

Mirando como espectadora, los muñecos de carne y hueso que se movían en el escenario, compañeros míos de éxodo, pude apreciar el engaño con que el teatro nos hace ver a sus héroes. El gran público, por lo general, concede a los cómicos una personalidad semejante a la que éstos suelen ostentar en escena: así, aquel galán apuesto, representando siempre pape-

les de enamorado, tendrá, en opinión de los espectadores, una dulce tendencia al amor romántico; y este primer actor será en su vida particular, como en las tablas, un burgués orondo y cándido de quien se burla su esposa, la liviana primera actriz, en brazos de ese otro majadero que, por decisión irrevocable de la multitud, será

NOMBRES

EMILIO CARRÉRE

*De los hombros prendida, la castiza pañosa
rima bien con el halda enorme del sombrero.
Luce recio mostacho: parece un mosquetero
que se asoma a este siglo del soviet y la prosa.*

*Cómico de la lengua, de ciudad en ciudad
iba urdiendo sus farsas. Por Julia Calderón
— encendía sus ojos negros la tentación —
huésped fué en los mesones de la casualidad.*

*El dolor de llegar afiló su humorismo,
pero pone al fracaso la flor de su lirismo
y colma con su verso la copa de Verlaine.*

*En el verbo sensual a Risa Loca inicia
y mientras lo conjugan, en la hora propicia,
el pájaro de Pöe le hunde el pico en la sien.*

MATEO SANTOS



siempre un «traidor»; y así sucesivamente... Ocurre aquí lo que con el gesto que los grandes hombres, infaliblemente, nos muestran en sus retratos: estamos tan acostumbrados a verlo, que solemos con él identificar la personalidad del retratado. Pero en esta religión de Melpómone y Talía, la única personalidad real de los oficianes, acaso en fuerza de asimilarse tantas, es... no poseer ninguna.

Los hay, no obstante, que con retozos de los caracteres interpretados compusieron el propio, y este será tanto más valioso cuando mejor haya sido el acierto en elegir.

Nuestra compañía — pueblerina y modesta, me he convencido de ello con dolor —, se compone de seis actrices y nueve actores. Entre las primeras vamos dos meritorias: tal es mi título por ahora. También va un aprendiz entre los actores. Esta ínfima categoría de artistas no tiene asignación alguna en la nómina. Nos pagan los viajes y la fonda; nos dan esperanzas, y a nuestro espíritu, poeta y joven, le basta con esto.

La primera dama y directora, Doña Laura de San Félix, ex-eminentes actriz, entrada en años y salida, bien a su pesar, de las esbeltas líneas que fueron admiración de públicos y encanto de adoradores íntimos, tiene la

simpatía por arrobas, la voz pastosa y de tonos dulces, el aire señorial, pereoso el gesto, de belleza enérgica las facciones, blanca la piel y negros, en rotundo contraste, los ojos y el pelo. Una enigmática nostalgia que la envuelve, como un halo, dá a su figura cierta categoría de persona que ha vivido mucho. A mí me parece una reina destronada—reina de opereta—que se obstinara en ser feliz perpetuando las delicias de su corte lejana en esta parodia grotesca y marchita de los palacios de tela y los tronos de cartón y purpurina...

Sus ojos, bellos, grandes y tristes, parecen desencantados de todo cuanto miran. En la escena son ellos el recurso hábil, la elocuencia sugestiva y terminante. El brillo protéico de esas pupilas reflejará con exactitud el desdén, la obsesión, la lucha, el odio, la impaciencia: toda la gama torva y obscura de los sentimientos. Pero la felicidad, el desenfado, la ironía alegre, el optimismo de una sonrisa o la ruda franqueza de una carcajada, no aparecerán en el rostro de la actriz sino cuando ésta cierre sus ojos como en busca de imágenes interiores, de rara eúritmia, que el mundo no le puede ofrecer.

Los ojos negros de doña Laura son un símbolo. En ellos, como en dos relicarios de ébano y de nácar, están concentradas las ilusiones y las realidades de cuantos sueñan y viven fuera de sus sueños...

—Pero ¿es que vas a entristecerte ahora con tus lucubraciones de poeta decadente?—me preguntarás.

—No—me anticipo a contestarte—. De intento he descrito la figura de mi directora para que comprendas mejor su interesantísima historia, que ella misma me ha contado, y que yo te prometo contar en mi próxima carta...

Porque ahora no puedo: llega a mi habitación Roberto de Arce;—lo he conocido por sus pasos fuertes y resueltos;—llama suavemente a la puerta... y he hacer punto final.

Hasta pronto. Un abrazo.—Vicenta.

Por la transcripción

JUAN GARCÍA PÉREZ

¡MADRES!

No dejéis que sufran vuestros niños durante el periodo de la dentición, el verano es la peor época, tomando la denticina

"BROWER"

evitareis todos los peligros y trastornos

ALMACENES

"EXPRES-MODA"

NOVEDADES PARA SEÑORA

RONDA SAN ANTONIO 61

Interesantísimo

ver escaparates

Smirna ricos gustos, corte vestido

3'75 ptas

Seda lavable cien colores

a 6 ptas. m.

SUPREMO TESORO

Producción
GOLDWYN COSMOPOLITAN

DESDE pequeña Catalina Holt demostraba su instinto maternal, jugando con sus muñecas a las que cuidaba con el mimo de una madrecita consciente de su deber. En estos juegos le hacía compañía un niño de la vecindad, llamado Juanito Colby. Pero tanto como Catalina tenía el instinto de la maternidad, su amiguito poseía el de la responsabilidad. Así fueron creciendo, siempre juntos, y cuando fueron: ella una muchacha hermosísima y pimpante y él un joven serio y trabajador, se casaron, después de morir la madre de Catalina.

Después de su boda con Juan Colby, su novio de la niñez, que había esperado a que lo ascendieran en los Altos Hornos de Phillips, donde trabajaba, para declararse a ella, su instinto se vio cohibido por las creencias que Juan tenía sobre el único modo de lograr un brillante porvenir, pues aunque era un muchacho excelente lo tentaba con exceso el demonio de la ambición. El le dice que también desea tener hijitos, pero después de haber logrado una posición desahogada. Los hijos, pensaba él, se irían comiendo todo lo que ganara y no podrían lograr nunca el bienestar que él deseaba gozar.

Sabiendo que la ilusión más acariciada y más querida por Catalina era la de tener descendencia, ya se supondrá su pena cada vez que su marido le decía: «—Aguarda, aún no es tiempo de que tengamos hijos, hay que lograr fortuna antes de eso.»

Llena de tristeza, Catalina no tiene más remedio que conformarse con las ideas de su marido y encuentra un medio de satisfacción a sus ansias maternales en los hijitos de sus amigos Gracia y Tomás Donaldson. Tomás trabaja en la misma fábrica que Colby y son rivales para obtener el aumento que ha de proporcionarles una posición desahogada, pero como los Donaldson no tienen suficiente dinero para exhibirse en sociedad, a causa de los muchos gastos que les ocasionan sus hijitos, cuando la oportunidad se presenta, Colby que por otra parte ha nacido con mejor estrella, es el que alcanza la mejora de empleo.

Pero su egoísmo es tan enorme, que olvida la fecha del cuarto aniversario de su boda y se queda trabajando en su despacho de los Altos Hornos, mientras su amante esposa adorna la mesa con flores y candelabros con velas rizadas, compra para él una pitillera de oro con su cifra en brillantes y aguarda inútilmente su llegada para cenar juntos y celebrar este memorable día para ellos.

Esteban Phillips, el hijo del propietario de la fábrica donde trabaja Colby, es antiguo pretendiente de Catalina, y aunque ésta siempre rechazó sus declaraciones, él, este día no se olvida, como Juan, del acontecimiento y se presenta en casa de los Colby con un hermoso ramo de flores con el que obsequia a Catalina, que llora el olvido de su esposo. Esteban intenta consolarla y renueva sus pretensiones amorosas insinuándole que se divorcie de Juan

y se case con él que sabrá hacerla tan dichosa como se merece. Pero ella lo rechaza una vez más. A pesar de esta negativa, Esteban la consuela amorosamente sentados los dos en un diván, mientras las velas acaban de consumirse. Cuando llega Juan Colby a su casa, los encuentra sentados el uno cerca del otro y nacen en él los celos, exigiendo explicaciones a Catalina, que ofendida, lo acusa de haberla abandonado en fecha tan significativa para ellos y diciéndole que si ella se marchara de aquella casa para siempre, él no tendría ningún derecho a retenerla ni a quejarse, toda vez que prefiere su ambición a la felicidad de su hogar.

Juan la pide perdón, y Catalina, que por nada ha dejado de quererlo como el primer día, lo perdona.

Esteban Phillips, entonces, les anuncia que se va a Nueva York de donde no piensa regresar nunca, felicita a Juan porque tiene una esposa que lo adora y le dice que será ascendido a Administrador general de los Altos Hornos. Después se despide del matrimonio y se marcha lleno de tristeza, pero sin rencor, del que es incapaz.

Juan propone a su esposa irse a cenar al Country Club, ya que no lo han hecho en su casa para celebrar el aniversario de bodas. Catalina acepta encantada y en el auto a que se dirigen al Club, trazan planes y eligen nombre para el primer hijo que tengan, pues Juan le promete que lo tendrán toda vez que él también lo desea y que ya cuenta con otro ascenso que acaba de prometerle Esteban Phillips. Pero había jugado demasiado Juan Colby con su buena estrella y aquella noche se oscureció de repente, yendo a chocar con otro su auto. Catalina fué sacada de debajo del coche en gravísimo estado.

Algunas semanas después, entró en el período de convalecencia. Estaba Catalina semi-acostada en un amplio butacón. Su íntima amiga Gracia Donaldson, estaba junto a ella de pie cuando llegó el médico, que después de auscultar minuciosamente a la enferma, la anunció que a consecuencia del accidente automovilístico se había quedado inútil para la maternidad.

El dolor que causó a Catalina esta noticia no es para descrito. En cuanto se marchó el doctor rompió a llorar amargamente, así como su amiga Gracia, que compartía su pena. Catalina rogó a Gracia que la dejara sola para reflexionar sobre su desgracia, y ésta salió encontrándose en la uperta a Juan, que llegaba loco de alegría porque aquella mañana lo habían ascendido a Administrador general de los Altos Hornos de Phillips.

—¡Hemos triunfado!—gritó Juan a su mujer.

Pero la pobre Catalina maldice a Colby en su desesperación por haberle arrebatado con su loca ambición lo que más anhelaba en su vida.

Y ricos, riquísimos como son, se dan cuenta de que han llegado tarde para conseguir una dicha que el dinero no podrá jamás proporcionarles.

En cambio, sus amigos Tomás y Gracia Donaldson, que tienen tres hijos, aunque él no ha ganado tantos ascensos como su compañero Juan Colby, son completamente felices, pues tienen el supremo tesoro que son los hijos, que consus risas y sus besos borran de las frentes de sus pa-



dres todas las preocupaciones y los resarcan en un minuto de todas sus penas.

Huelga decir que la vida es un asunto de suma curiosidad. El bien no triunfa siempre, la justicia no siempre es aplicada. La vida a veces se derrota a sí misma.

Por ejemplo, y esto lo tenemos cerca de nosotros mismos. ¿No es verdad que los matrimonios que tienen hijitos se ven más embarrados en la lucha por la riqueza que los que no tienen familia?

Sí, esto es verdad, tan verdad que todos los matrimonios jóvenes de hoy día han llegado al punto de verse obligados a adoptar una de las dos soluciones que apuntamos a continuación: o dedicarse a sus hijos o emplear sus vidas todas en la conquista del dinero.

La novela cinematográfica de la película cuyo es este argumento, la ha publicado, en el último número puesto a la venta, «Obras Maestras del Cine».



Vd. Señora

comprará bien de precio y calidad las novedades de la estación en

La Torre Eiffel

Carmen, 42 y Doctor Dou, 1

Genial interpretación en los vestidos a medida

Sugestivos regalos a los compradores

CUENTOS DE «EL CINE»

LA APUESTA

...¡No, yo no apuesto!... Yo no apuesto nada, ni por nada.

Desde el 13 de Junio de 1885 juré no apostar jamás, y durante veintisiete años no he faltado a mi juramento... No lo haré hoy... El 13 de Junio de 1885, mi querido señor, ¡qué fecha para mí y que drama!...

Pero veo que usted me mira con tamaños ojos, como preguntándome si no divago... No... no divago, pero tengo fiebre al recordarlo; sí: me dá fiebre, nada más que de pensar en la historia de la caja de hierro.

No me gusta acordarme de esa historia, pero se la voy a narrar a usted para que comprenda por qué no apuesto ni apostaré jamás nada con nadie.

Era yo entonces empleado en el escritorio de mister Miller Brown abogado de Groydon, una ciudad de Surrey, cerca de Londres. Mi difunto padre, por ese tiempo uno de los escribanos más acreditados de Rouen había logrado colocarme en Inglaterra para que aprendiera el derecho inglés y porque mister Brown era muy amigo suyo.

Esa tarde el 13 de Junio de 1885, mister Brown, nuestro jefe, había ido a dar un paseo por los alrededores, a casa de unos amigos que vivían en Carhalton, para anunciarles el matrimonio de su hija Jessie con su empleado, nuestro compañero Jun Osborne.

Una vez que despachamos los quehaceres que teníamos, nos juntamos los cuatro amigos en el escritorio de Jun, y mientras tomábamos el te charlabamos sobre temas diversos.

Nuestra conversación vino a recaer sobre un número de café-concierto que habíamos visto la noche anterior: un tipo

que permanecía siete minutos en un tonel de vidrio lleno de agua.

—A mí—dije—no me sorprende eso, pues ya he hecho la prueba de estar dos minutos bajo el agua y es cuestión de costumbre.

—Sí—me contestó Jun Osborne,—pero yo le apuesto que usted no permanecería tres minutos dentro de una caja de hierro, como yo he visto a un hindú en ese mismo teatro.

—Bueno—dije yo,—¿y qué apostaríamos?

—Una libra, querido—me contestó, a tiempo que abría friamente la caja de hierro invitándome a entrar.

—¡Aceptado!... Pero usted abrirá, ¿no es así? apenas transcurran los tres minutos... Nada de bromas, ¿eh?

Entré sin más ceremonias en la caja, me encojé lo más que pude e intímé a Osborne:

—Ahora puede usted cerrar la puerta.

El cerró y yo me encontré en una obscuridad parecida a la de la tumba. Apenas podía mover las manos. Ningún ruido llegaba a mí fuera del tictac del reloj. Los tres minutos me parecían eternos. Al fin, el ruido de la llave sonó en la cerradura. La puerta se abrió y no oculto que sentí un placer inmenso al volver a respirar a pulmón lleno.

—¡Bravo! Ha ganado usted, Eduardo—me dijo Osborne.—Aquí está la libra.

—La he ganado en buena ley—agregué.—porque no es nada agradable estar ahí dentro tanto tiempo.

—Es fácil, puesto que usted lo ha hecho—replicó Osborne con desdeñosa sonrisa.

—Parece fácil «de boquilla» para los que no lo han hecho—le contesté yo.

—Vamos le apuesto la misma libra que ha ganado a que yo me introduzco en la caja.

—Apostada esta libra, más estas dos—dije yo, sacando mi portamonedas.

Sin decir Osborne una palabra más, se quitó su chaqueta y se introdujo en la caja, colocando su cabeza entre sus dos piernas dobladas...

Yo empujé con fuerza la puerta, sonó el resorte de la cerradura automática y aguardamos.

Pasaron uno, dos, hasta cuatro minutos... De repente nuestro compañero Holawy, que hacía de «time keeper», se levantó para abrir la puerta de la caja...; pero dando un grito se volvió a nosotros, y con voz trémula nos dijo:

—Pero ¿donde está la llave? No está en la caja.

Comenzamos a buscar por el escritorio de Osborne, por tierra, en su chaqueta... Nada. Una angustia espantosa iba dominándonos poco a poco... Estábamos lívidos... Y las mismas palabras brotaron de nuestros labios:

—¡La llave la tiene él en su llavero del pantalón!...

Durante toda mi vida recordaré la terrible guardia que monté al lado de la caja féretro mientras mis compañeros salían a escape en busca de mister Brown y de un cerrajero.

Veinte minutos pasaron, y llegó por fin mister Brown con la prometida de Osborne, su hija Jessie...

Renuncio a describirle la espantosa apertura de la caja y la aparición de un cadáver, del cuerpo congestionado, de los puños y uñas destrozadas y sangrientos, los ojos fuera de las órbitas... Aquello era espantoso...

¿Comprende usted ahora, por qué yo no apuesto y me horrorizo al oír hablar de apuestas?

JORGE MAUREVERT.

—A mí me parece admirable ésta,—dijo milady; entonces milord le alargó el periódico, después de cortar las páginas, y no hablaron por el espacio de media hora; luego lord Carew le preguntó de repente:

—¿Desearía usted que cerrara la ventana?

Y ella contestó vivamente:

—Muchas gracias, no; me deleita mucho el perfume del heno recién cortado y el de las flores de la acacia que crece en los setos.

Contemplaba con los ojos entristecidos y cariñosos los campos verdes, que parecían deslizarse delante de ella. Quizás en sueños había ya realizado este viaje de bodas; habíase imaginado el regreso a su casa, acompañada del esposo que amaba, al hogar que había de ser su paraíso terrestre; había soñado en ser una esposa amada, dichosa e idolatrada... Si hubiese soñado esto, la realidad se presentaba terriblemente distinta.

Miró la figura inmóvil de su esposo, su cara seria y noble, los labios apretados con aire de decisión; e inconscientemente, escapósele un hondo suspiro. Al momento, milord se fijó en ella.

—Usted está cansada,—le dijo,—el día es caluroso.

¡Pobre joven! ¡Cuánto agradecía aquellas pocas palabras!

—¿Está lejos todavía el castillo de Brooklands?—preguntó.—Por más que viajo por esta vía, nunca recuerdo las estaciones.

—Llegaremos dentro de una hora,—dijo después.—De Lyme Regis a casa haremos el trayecto en carruaje.

Sucedió otro largo silencio. Lady Carew leía o fingía leer el folletín, pero al poco rato dejó caer el periódico con desaliento sobre el asiento, y dirigió al exterior su triste y febril mirada.

cada estación donde paraba el tren, los esperaban los porteros, el guarda y los empleados de la compañía.

—Es milord Carew y su señora,—se decían.

Milord tenía reservado para él un compartimento de primera, pues no debía ser molestado por la presencia de otros; tal vez hubieran manifestado asombro algunos que notaron que, a pesar de viajar con su novia, había comprado tantos periódicos y revistas. Pensaban que hubiera mejor empleado su tiempo en conservar con la hermosa joven con quien viajaba. Pero milord Carew no tenía tal intención; hubiese dado todo lo que poseía para sustraerse a semejante viaje, pero no sabía cómo; había prometido acompañarla hasta el castillo de Brooklands, para evitar los comentarios desfavorables, y sin embargo se arrepentía amargamente de la promesa que había hecho.

Tenían envidia todos los que veían a esta joven, de hermoso semblante, y espléndidos vestidos, que subía al vagón del ferrocarril, rodeada de todo el lujo posible, en medio de los saludos de la servidumbre y de los obsequios de los porteros, teniendo a su lado a uno de los caballeros más nobles de la aristocracia inglesa; todos la envidiaban, sin sospechar que bajo aquellos costosos adornos existía un corazón agobiado por mortal amargura.

Juana Hinton, camarera de milady, y Roberto Dorham, ayuda de cámara de milord, viajaban en un vagón de segunda. Entre tan ilustres personajes existía cierto disimulado silencio. Juana tenía sus opiniones propias, impregnadas del conocimiento de la vida. Había servido a lady Rokimghan antes de su casamiento, y sabía por consiguiente que unos recién casados viven en medio de un ambiente de sonrisas y felicitaciones.

¿Por qué motivo la nueva milady, noche tras noche,

NUESTROS COLABORADORES

BUEN REMEDIO

Clarita se dejó caer exangüe sobre la «chaise-longue». Un sollozo desgarró su garganta de raso y conmovió sus eburneos senos, mientras que, del terciopelo de sus ojos rodaron dos perlas, que surcaron por el nácar de su faz, fueron a perderse en las nítidas reconditeces de su escote.

Los que hayan leído lo que antecede, opinarán seguramente, o que soy un imbécil o que soy un gran escritor, dicho sea sin ánimo de ofender con las comparaciones (pues toda comparación es odiosa, según dijo Cervantes).

Pero, a despecho de ambas opiniones, repito, que Clarita se dejó caer exangüe sobre la chaise-longue, tal vez porque sabía que caía en blando, y que sollozó y lloró, por parecerle bastante causa para ello, los desgraciados sucesos que por aquellos días y aquellas noches, la preocupaban, la desvelaban, la atormentaban, la asustaban, la...

A su novio se lo llevaban al Africa. Este, llamado Cayo de Vaca, era poeta y estudiante: estudiaba la manera de no hacer nunca nada.

Si al que comete la idiotez de llamarse Cayo de Vaca, se le añaden las desgracias de ser poeta, de llevar botines, bastón, y lentes montados al aire, no vacilará nadie en llamarle «pollo bien».

Ahora bien, que era éste un pollo «bien» de casa «mal» pues las únicas rentas con que contaba, eran las pocas pesetas diarias que su mamá Doña Audiencia del Rey, viuda de Don Clodoaldo de Vaca (Guardia Municipal que fué), sacaba de una modesta escuela de párvulos que en el zaguán de su casa tenía instalada.

La carta de pretensión que Cayito le

escribió a Clara, en verso naturalmente, comenzaba:

Distinguida señorita:
desde el punto que la ví (1)
una esperanza infinita
en el corazón sentí.

Y tras una explosión de calurosas frases, a cual más bellas, terminaba tuteándola, con esta pochez de madrigal:

«¡Sol de mi vida!
¡Encanto mío!
¡Dueña querida
de mi albedrío!
¡Pálido lirio!
¡Blanca azucena!
¡No me des martirio
niña agarena!
¡Gacela hermosa!
¡Refulgente estrella!
¡Gentil, airosa,
casta doncella!
¡Alondra picarilla!
¡Bello lucero!
¡Ay, ay, chiquilla,
cuanto te quiero!»

Clarita que ya era de suyo romántica desde que leía las novelas de folletín de Carolina Invernizo, le dijo que si a la primera, temiendo que por esa timidez peculiar en los sentimentales, no volviere.

Sus amores se deslizaban suaves, cual si diariamente les untasen una libra de grasa consistente y, su idilio hubiese sido más largo que un beso de película, si no lo hubieran venido a interrumpir, los sacrosantos deberes que para con la Patria tienen sus hijos.

Y fué por eso que—¿verdad que me pa-

rezco a Vargas Vila?—Cayito comprendió que aquello no podía seguir así, que él no se resignaba a estar separado dos o tres años de su Clara de su corazón. En consecuencia con su soliloquio, decidió obrar y... obró.

De la mañana a la noche (siempre no ha de ser de la noche a la mañana), desapareció Cayo sin que nadie supiese donde estaba.

Y a los cuarenta y tres días, nueve horas, ocho minutos y varios segundos de haberse conocido su desaparición, Clarita recibió la carta que sigue:

«Montevideo tantos de tantos de cuantos.

Mi adorada Clarita: Con el corazón traspasado de dolor te envío estas cortas líneas, advirtiéndote, que esta es la primera carta que te dirijo en prosa, por lo que podrás apreciar el estado de mi ánimo.

Cuando comprendí que era imposible librarme del servicio militar, no dudé más: me dirigí a la estación del ferrocarril tomé un billete de tercera y me planté aquí.

Puede ser que ahora me declaren prófugo y no pueda volver a España en cuarenta años, pero todo es preferible a tener que andar por esos cuarteles rodando y sobre todo: estar separado de tí dos o tres años!

Hasta la próxima te abraza con el pensamiento ya que no puede con otra cosa, tu amante y dolorido,

Cayo.

RAFAEL TORO L. DE GUEVARA.

Córdoba.

(1) La conoció, tomando un coche de punto.

había estado constantemente desvelada, sollozando como si la pena la matase, tan triste, y lánguida, que al levantarse parecía inútil para las tareas cristianas? Además, había notado la Hinton que jamás su ama recibió obsequios de amor, ramos esquelitas, y otras naderías que su antigua señora, milady Rahingham recibía con profusión.

La víspera de la boda estaba Juana velando para concluir ciertos detalles que faltaban al traje de bodas y oyó distintamente sollozos comprimidos; al siguiente día amaneció su señorita tan indisputada, que tuvo que ir en busca de lady Carew. Cuando llegó ésta, oyó Juana que miss Carlton decía entre lágrimas abundantes:

—Mi valor se desvanece. ¿Qué haré?

Al revolver cuidadosamente estos antecedentes, Juana sacó en consecuencia que la cosa no andaba como debía. De uno u otro modo, su ama debía ser víctima de las circunstancias. Además su sagacidad de doncella la habría convencido de que lord Carew era algo más que indiferente; y por consiguiente deducía que mantuviese un comportamiento muy serio, no permitiéndose ninguna familiaridad con el señor Dorham.

El ayuda de cámara de milord tenía también sus sospechas, pues el pequeño episodio de Juanita, condesa Silvara, no le era desconocido. Sin embargo, a pesar de ser hombre de mucha perspicacia, el señor Dorham se hallaba completamente desorientado.

Si milord no amaba a milady ¿por qué se casaron? Y al señor Dorham le constaba muy bien que no existía ningún indicio de amor. Por consiguiente él por su lado mantenía cierto disimulo con Juana, resentido más bien a causa del casamiento. Siguió así su viaje larga distancia hasta que Juana dijo, después de un gran suspiro:

—Espero que estaremos bien en Brooklands.

—También lo espero yo,—contestó el ayuda de cámara.

—En cuanto a mí, tengo mis dudas,—prosiguió ella.

—Y yo también,—contestó él.—Si fuese milord, nunca me habría casado. No tengo muy buena opinión del estado matrimonial.

—Las ventajas están generalmente de parte del hombre,—observó la doncella. Luego volvieron a quedar silenciosos.

En el vagón de primera, que ocuparon milord y milady, las cosas no iban tampoco con mayor armonía. En las paradas la gente se sorprendía viendo aquella joven tan bella y al propio tiempo tan melancólica y como abatida bajo el peso de un infortunio.

Sólo cambiaron algunas palabras los esposos.

—¿Quiere usted leer el «Cornhil» o prefiere el «Temple Bar»? — preguntóla Allan cuando el tren salió de agujas.

Adelaida levantó hacia él sus ojos llenos de lágrimas.

La aflicción de aquel rostro hubiera conmovido a un corazón de piedra. Pero Allan no lo notó o fingió no notarlo.

—Uno de ellos,—respondió milady.—Estaba leyendo en el «Cornhil» una novela de Mar. Caskell.

—¿Qué tal es?—preguntó Allan.—¿Cómo se titula?

—«Las queridas y las esposas»—contestó Adelaida, e inmediatamente sintió tanto haber dicho aquellas palabras, que enrojeció como una amapola.

Allan no se fijó.

—«¿Las queridas y las esposas?»—repitió.—¿Y es interesante? Por lo general me gustan las obras de Mrs. Gaskell.